



EL coronel Torres después del fracaso de su ataque sobre el pueblo, diezmadadas sus fuerzas, comprendió que ya no tenía objeto su posición del otro lado del valle y determinó incorporarse con la fuerza del general Rangel, poniéndose á sus órdenes.

Sin pérdida de tiempo esa noche acometió la temeraria empresa, rodeando por los cerros, á riesgo de ser sentido y atacado en su peligrosa marcha por el enemigo que lo hubiera aniquilado en los *cordones* de la sierra.

Pero, ó los correos que en la tarde mandó al general no llegaron, ó este descuidó mandar advertir la llegada de esta fuerza, el caso fué que se le recibió á tiros por la avanzada que cubría el camino,

Allá en el campamento la alarma fué espantosa; todos se echaron sobre sus armas, levantándose precipitadamente en el mayor desórden y gritando por todas partes en medio de la confusión.

—¡Orden....! ¡Orden....! ¡A formarse! ¡Apaguen las fogatas!

Se apagaron instantáneamente; los heridos se incorporaron con los rostros lívidos; un oficial de 11.º, aquel de los bigotazos de corsario que decía que el ataque sería cuestión de dos horas, se levantó temblando ligeramente, pero dispuesto á todo.

—¡Nos dieron el *alvazo*, compañero, prepare su arma! ¡Ca... nallas de tomochis!

Castorena que era el que estaba cenando cerca de él, tomó vivamente una botella á medio vaciar y se echó un gran trago; iba luego á preparar su arma, pero un capitán llegó diciendo:

—A sus puestos, á sus puestos; es la columna del coronel Torres.

Afortunadamente no produjo ningún efecto la descarga, y avanzó hasta el campamento la tropa de Torres.

Eran poco más de 200 hombres, pues el 24.º y el 11.º habían sido completamente destruídos.

Volvióse á restablecer la calma y Miguel ya tranquilo, tornó á su meditación, sentado al pie del árbol, y como el teniente habiendo agotado todos los medios posibles para no dormirse, determinó que vigilase media noche y la otra media lo haría él; mientras dormía,

se puso á pasear al par que continuaba en su imaginación el soliloquio.

Y hasta entonces pensó en Julia, con un sentimiento indefinible, vago, dulce y melancólico...

Se preguntó si era amor aquello y no pudo contestarse.

Espíritu vasto, había leído novelas románticas de Víctor Hugo y realistas de Zola, y no pudo clasificar su afección. En verdad que la había poseído brutalmente, cediendo él á no sabía qué feroces instintos que le despertaba la embriaguez; pero ahora que volvía á pensar en ella y se la representaba como era en efecto, hermosa y linda, aquella visión no le producía ni la menor sombra de un deseo. ¿La amaba con ese amor puro, ideal, conque aman á las vírgenes rubias y pálidas, los soñadores?...

No; tampoco, ¿ni cómo amarla así, si conocía la telaraña en que estaba envuelta?...

Sí; la pobrecita estaba maculada con la deyección lasciva del macho! ¡Oh!... ¡comprendía vagamente que su sentimiento por ella, era como esa tracción, esa afinidad que suelen tener los infortunados de la vida, las víctimas del destino, los desheredados de la suerte, los inmolados de la fatalidad!... ¡Todos los de la suerte negra!

Porque no cabía duda que había seres nacidos para el dolor. Sí; la teoría del sino, de la estrella, de los antiguos, desechable por completo en la forma, era una verdad amarga en el fondo, ..

Y si no, allí estaban los principios de la ciencia, las últimas palabras de la medicina...

Pensó en Lombroso, en el atavismo, en el medio... sí... los seres débiles, los enfermos deben morir y si viven deben en el mundo desempeñar el triste papel de víctimas! ¡Eso era fatal!...

Había encontrado á Julia casualmente; y al momento, en su actitud, en sus palabras, en todo, había visto un desgraciado, un infeliz que sólo pedía un poco de ternura para su alma ardiente y amorosa, y la había amado con ese extraño amor que no podía definir.

Miguel permaneció cavilando hasta que le tocó á su vez dormir, en tanto que el teniente vigilaba.

El día 21 en la mañana debían ser transportados los heridos para Guerrero con una pequeña escolta del 5.º regimiento y con víveres para dos días.

Miguel se despidió de sus amigos, muy conmovido.

Vió que el capitán Molina estrechaba silenciosamente la mano del teniente coronel, á quien había entregado su reloj de oro y un paquete de billetes de Banco que debía remitir á su esposa en caso de que lo mataran.

Después hablaron algunos momentos lamentando la suerte del batallón, lanzado al combate con tan poco tino, diezmado después por la dispersión y la muerte, en el desquiciamiento de la derrota.

El capitán había hecho en ese cuerpo su humilde carrera, y como era soldado por vocación le dolía en el alma el inaudito desastre.

—Señor, á mí lo que más me preocupa es la desesperación del coronel, cuando sepa... porque tiene que saberlo al fin y al cabo...

—No,—le contestó Villedas—yo le pondré nada más en el telegrama: *encuentro el 20 con el enemigo, tantos muertos, tantos heridos*, y nada más.

Partió el convoy de heridos abandonando el campamento envuelto en una atmósfera de tristeza y abatimiento.

El general modificando su plan de ataque había decidido vivaquear con la fuerza sobre el cerro de La Medrano, que se alzaba casi á pico á la derecha del pueblo; desde su cima podría hostilizarse con un buen tiroteo al enemigo, impunemente. Además, para la pequeña pieza de artillería presentaba ese punto las mejores condiciones.

Lo grave era, que no formando parte de los que completaban la circunferencia del valle, se alzaba aislado de aquellos. Era, pues, preciso bajar y atrevesar la llanura para subir á él, y si el enemigo se apercibía de aquello podía muy fácilmente impedir su ejecución.

Se mandó formar á las diferentes fracciones con sus respectivos oficiales, refundiendo las dos compañías del 9.º en una sola, por lo mermadas que estaban.

Los *pimas* y *navojoas* constituyeron la vanguardia; después seguían el 9.º y el 11.º y los restos insignificantes del 12.º y el 24.º «Seguridad Pública», que sólo eran estorbo para todo, cerraban la retaguardia con algunos jinetes del 5.º y los auxiliares de Chihuahua.

La piecesita, como siempre, iba en el centro de una escolta del 9.º. Las municiones de boca y guerra con otra escolta de ese cuerpo, cerraban la columna.

Esta se puso en marcha tomando por los cerros de la derecha, hasta que el mismo de La Medrano ocultó á la vista el pueblo; entonces descendió al llano destacando al frente y flancos, tiradores que protegiesen la marcha; pero afortunadamente el enemigo encerrado en las casas no pudo ó no quiso, oponerse y se subió por la espalda al cerro, en cuya cima se acampó muy fácilmente, quedando á cubierto de todo ataque, y completamente invisible para los *tomoche*s.

Era aquello como una fortaleza inexpugnable, desde donde se observaba el pueblo á menos de 600 metros.

Pecho á tierra, tras los árboles y las rocas se tendieron soldados que se relevaban durante el día, para que, apuntando con la mayor calma, hicieran fuego sobre los que se atreviesen á salir de las casas ó sobre los que se vieran en la torre de la iglesia.

Aquel sistema debía en efecto dar mejores resultados que un ataque decisivo. Así fué, que todo el día se escuchó sin interrupción un tiroteo lento pero molestísimo para los tomochtecos sitiados en sus mismas casas.

Allá, de la torre, se dignaba contestar de cuando en cuando la guerrilla establecida, comprendiéndose que trataba de economizar todo lo posible las municiones.

Del cerro de la cueva, que quedaba al frente y sobre la izquierda de la posición, al otro lado del valle, á poco más de 900 metros, partían también algunos proyecti-

les, que describiendo enorme parábola descendían silbando sobre el cerro.

El cañón establecido en lo más alto, tras un parapeto natural que protegía muy bien á los sirvientes, saludó cortesmente al enemigo, enviándole algunas granadas que estallaron en el fondo de las casas.

Vagaban por el llano y la falda del cerro algunas reses azoradas, pertenecientes al tomoche y se mataron algunas para la distribución de grandes raciones de carne, que con la harina que se repartía, formaba el único alimento.

Los oficiales, que también recibían carne y harina, mandaban hacer *tortillas* á las mujeres de la tropa, que nunca como entonces fueron tan útiles, pues ellas traían leña que por otra parte abundaba, y agua, operación fatigosísima, pues había que descender por las pendientes escabrosas de la derecha del cerro, al pie del cual por ese lado, pasaba el río; encendían el fuego, asaban ó freían la carne en su misma grasa y *echaban tortillas* con la masa de la harina.

Había que verlas desgarradas y sucias, subir jadeantes, hollando con sus *huaraches* la roca viva, agarrándose para no caer de las ramas de los pinos, jurando y maldiciendo de su perra vida, pero sometiéndose al fin á su condición de bestias.

Al caer la tarde, los oficiales del 9.º se reunieron para comer juntos, presidiendo los capitanes que quedaban, Tagle y Molina; éste como siempre, tratando de animar la conversación y dándole á los demás esperanzas de éxito y de revancha.

Le escuchaban atentamente devorando la carne asada y las blancas tortillas; y al fin, sucedía que la conversación recaía sobre los sucesos del día anterior.

Decían que el general estaba indignado por el comportamiento del 9.º del que no esperaba que retrocediese de la manera que lo había hecho; y Castorena aseguró que en la noche había oído por casualidad algo de una conversación de él con el coronel Torres, al que refiriéndole el suceso decía el general:

—Pero, coronel, figúrese usted que no corrían como borregos, sino como borregas! ¡Los oficiales del colegio, muchachitos inexpertos... la tropa bisoña!... ¡Me...!

El capitán Molina frunció el entrecejo y temblando ligeramente por la cólera.

—Es preciso demostrar que valemos algo, muchachos,—dijo,—ya veremos... ¡ah! pero si alguno tuvo la culpa de la derrota no fuimos nosotros... aquí las responsabilidades son... pero comprendiendo que obraba mal con aquello que la ordenanza llama murmuración, guardó silencio.

—Pero aquí lo que nos *amueta* es el número tan grande de desertores que hemos tenido. Eso es muy grave,—dijo un teniente, poniéndose muy serio.

Miguel entonces tomó parte en la conversación exaltándose mucho.

—Aquí pasa una cosa,—dijo,—no son desertores los que así los juzga el general, sino dispersos. Hay mucha diferencia. Además, desertores ó dispersos, no hay tantos en realidad. Son más los muertos porque ¿qué sabemos de todos los que han muerto? En la lista de

ellos nada más se han apuntado los que hemos visto ó los que han visto algunos que han dado parte... pero, ¿no habiéndose levantado el campo, puede saberse á punto fijo cuántos fueron los muertos, cuántos los heridos, cuántos los dispersos y cuántos los desertores? ¡Ah! y estoy seguro que en el parte se asentarán con aplomo cosas como esas, muy falsas, sí, muy falsas...

En aquel momento el corneta de órdenes del general tocó *llamada de honor* para que se reuniesen los oficiales.

Era con objeto de nombrar los *rondines* que debían en la noche recorrer el campamento para vigilar los centinelas y las *parejas* avanzadas.

En la orden del día que se leyó después de la lista de retreta, á las seis de la tarde, se previno fuese hecho el servicio nocturno con la mayor exactitud.

De nueve á diez de la noche hizo Miguel el *rondín* que le correspondía, visitando pareja por pareja, teniendo á cada paso que tropezar con las piedras y las escabrosidades del cerro.

En el campamento de los *pimas* supo, oyendo por casualidad algunas palabras de una conversación, que en la mañana había sido fusilado el viejo que traían prisionero de Pinos Altos, el supuesto «San José».

El día 22 pasó sin que aconteciera ningún incidente notable. Los tiradores emprendieron su fuego lento desde la madrugada, impidiendo que en el pueblo nadie saliese.

El cañón de cuando en cuando y como por vía de distracción del general y del doctor de la brigada que era muy afecto al tiro al blanco, lanzaba granadas que iban á incrustarse en los duros adobes de las casas, abriendo enormes boquetes entre grandes nubes de polvo.

Cuando hacían algunos buenos tiros no podían menos de echarse una copa de cognac, con gran desesperación de Castorena que no encontraba con todos sus billetes, un solo trago de *sotol*.



XX

Se comprendía que el enemigo estaba muy quebrantado y que también había experimentado grandes pérdidas, pues se mantenía á una defensiva absoluta, esperando únicamente ser atacado en su misma casa para venderse muy caro.

A veces manifestaba crisis de cólera, pues repentinamente descargaba una lluvia de balas sobre lo alto del cerro; sobre todo, después de cada tiro de cañón, con la esperanza, sin duda, de poder suprimir algunos de los sirvientes.

La cima del cerro de La Medrano ofrecía á las fuerzas federales considerables ventajas, pues era una gran meseta, muy amplia y defendida por naturales rebordes que formaban utilísimos parapetos.

Desde la parte más alta de ello se dominaba todo el valle y se veía extenderse al pie del cerro, el caserío de

Tomochic, en cuyo extremo Sur levantaba la iglesia su vieja torre, desde la que el enemigo, de cuando en cuando, enviaba algunas balas que pasaban muy alto, silbando sobre las cabezas las que bajaban instintivamente los soldados.

El río se veía brillar y convertirse en espejo de fuego á los rayos del sol, que inundaba aquel gigantesco anfiteatro de montañas, dentro del que se preparaban á tremenda lucha un puñado de valientes sublimes que hacían de su querido Tomochic una segunda Numancia...!

En primer término, en lo más alto y frente al pueblo, se hallaba *abocado* el cañoncito al que custodiaba una guardia de veinte hombres; en seguida se encontraba el campamento del 12.º y 24.º batallones; después el del 11.º

El del 9.º estaba en el centro de la meseta y cerca de la única parte accesible del cerro, es decir, en el único punto peligroso, pues desde la salida de Guerrero se daba á aquel batallón el más pesado y peligroso servicio, el cual era hecho á despecho de la tropa y oficiales de otros cuerpos, con mucha exactitud.

Y era que el batallón de oficiales jóvenes, entusiastas, bastante instruídos y valientes, educados en la disciplina y estudio del Colegio Militar, estaba muy bien disciplinado, en tanto que los otros que llevaban años de vivir en el desierto, no reunían tan preciosas condiciones.

Tras del campamento del 9.º batallón, seguía el de

los *pimas* y *tarahumacas* y tras éste, el de los *nacionales* de Chihuahua, terminando esta serie de campamentos con el de «Seguridad Pública del Estado», pelotón de hombres mal armados, sin instrucción militar y pésimamente mandados.

En cuanto al piquete del 5.º regimiento, había emprendido la marcha hacia Guerrero conduciendo cinco oficiales y treinta y tres soldados heridos.

El día 23, comprendiendo el general Rangel, que los *tomoches* se habían reconcentrado en la iglesia y el núcleo de casas que rodeaban al *cuartelito*—así llamaban los soldados á la casa de Cruz Chavez—y habían abandonado las situadas en los extremos, ordenó que cautelosamente bajaran algunas partidas del 12.º, 11.º y 24.º batallones, para prenderlas fuego é ir acorralando al enemigo poco á poco hasta vencerlo por hambre y fuego.

Así lo efectuaron, sin encontrar resistencia alguna.

Entraron en ellas, robando cuanto encontraron, arrojando petróleo del cual fueron provistos, y poniéndoles fuego en seguida.

Y entonces, allá, en el extremo del valle, aquellas chozas aisladas, principiaron á arder, alzándose de ellas negras columnas de humo, manchando como un sucio borrón la limpidez del cielo azul.

Los soldados regresaban al campamento cargados con cerdos, gallinas, ropa, instrumentos de música, monturas de las arrebatadas al 5.º regimiento el día 2 de Septiembre, algunas armas viejas, cuadros de san-

tos, ropa vieja, pieles, cananas y toda clase de objetos portables de algún valor.

Todo el día duró aquella operación y fué en la noche un espectáculo tristísimo, ver sobre el mar de sombras del valle, las hogueras rojizas de las casas incendiadas, alzando en las tinieblas sus penachos sangrientos.

En la tarde, los tiradores apostados en la cima vieron con gran sorpresa, desprenderse de la casa de Cruz un hombre que á todo correr se dirigía al cerro.

Al principio hicieron fuego sobre él, sin lograr herirle; pero habiéndose ocultado tras unos arbustos, reapareció llevando en la mano una vara en cuyo extremo ondeaba un pañuelo blanco: entonces suspendieron el fuego, creyendo que era un enviado del enemigo que evidentemente se rendía; pero al llegar á la falda, fué de la torre de donde tuvo que ser blanco del fuego; después, desapareciendo entre las rocas, dejó perplejos á todos los que le contemplaban.

Al fin llegó al campamento, sudando, muy fatigado; iba descalzo y sin sombrero, vestido con una camisa sucia y desgarrada y unos viejos pantalones que llevaba arremangados. Era un hombre viejo y flaco, pero parecía muy animoso y decidido.

Había acompañado al general Rangel el 2 de Septiembre y había sido hecho prisionero. El día 19 de Octubre, Cruz le propuso tomar las armas, y lo hizo con la esperanza de fugarse, lo que había verificado jugando su vida.

El general le interrogó largamente.

Traía noticias tranquilizadoras. El enemigo había perdido la mitad de su gente. Cruz Chavez estaba desmoralizado y los víveres escaseaban.

Aquellas noticias cayeron como una lluvia consoladora y fresca en los ánimos, y la hermosa esperanza del triunfo animó á los soldados que creyeron que al día siguiente comerían pollo en el pueblo de Tomochic, cuyas casas miraban arder silenciosamente entre la inmensa negrura de la noche.

Los oficiales paseaban por el campamento, en corrillos de tres ó cuatro, fumando muy contentos y comentando y repitiendo lo que el fugitivo contaba.

Castorena, que había obtenido del doctor Arellano un trago de *tequila* á cambio de una improvisación poética, explicaba la situación en que el enemigo se encontraba á Miguel, que le oía en silencio.

Le contaba que los Medrano habían muerto, los Calderón también, Manuel Chavez estaba herido de gravedad, así como cuatro ó cinco de los cabecillas que se curaban en casa Chavez.

Sólo en el cerro de la Cueva, estaba intacta la fuerza de Pedro Chaparro.

Aquel punto tenía gran importancia, pues por su flanco izquierdo tenía inmediatamente el pueblo, dominando, sobre todo, la iglesia que se hallaba cercana; además, era la puerta de la única línea de retirada que quedaba; así es que Cruz, comprendiéndolo, tenía ocupada muy sólidamente su altura.

Había cerca de 20 hombres ocupando la iglesia donde estaban refugiadas todas las familias, y otros 20 en el *cuartelito* ó casa de Cruz, donde estaban las familias de sus hermanos, de los Medrano y la de Bernardo.

Los víveres escaseaban mucho, pues no podían salir á recoger maíz, frijol, papas, ni grano alguno de sus siembras, por no arriesgarse á ser cazados miserablemente.

Los ganados andaban dispersos lo mismo que los cerdos y gallinas; pero sobre todo, lo que más molestaba á los *tomoches* era la falta de agua, de la que sólo en la noche se proveían.

Los disparos de la pieza, poco ó nada les importaba, pues su pequeño calibre hacía que sólo abriesen grandes boquetes en las paredes de las casas vacías, matando, al estallar la granada, una que otra gallina, en tanto que las demás asustadísimas, cacareaban corriendo por todos lados, entre negras nubes de polvo y pólvora.

Chavez había mandado en las noches, recoger sus muertos, enterrándoles con miles de ceremonias y procurando ocultarles á sus subordinados.

Mantenia viva la esperanza de la victoria, en el pueblo, haciendo creer que estaba cercano el día de la venganza, pues los muertos, como Nuestro Señor Jesucristo, resucitarían al tercer día y vendrían de nuevo á tomar las armas.

Visitaba todas las noches á los prisioneros, llevándoles agua y maíz tostado, y después de hacerles rezar con las cabezas bajas, les dejaba en la paz del Señor.

Quería ser generoso y clemente, y les perdonaba la vida, porque decía que era gran crimen y pecado matar á inermes, así como acción meritoria hacerlo en combate.

Animaba también con viril palabra á las mujeres que lloraban consternadas, sin comprender nada de aquella terrible agresión de un extraño enemigo.

A los niños les hablaba de valor, de nombradía y de odio para los hijos de Lucifer ó sean los impíos defensores del Gobierno que trataban de oprimirles...

Y mientras estas cosas le refería Castorena, sentados ambos oficiales ante una fogata en que un cabo les asaba sus raciones de carne, Mercado absorto pensaba en Julia con una tierna solicitud...

¡Ah! ¿qué sería de la desdichada cuando ardiera todo el pueblo?...

¿Qué haría la pobrecita en aquel momento? ¿Qué, aun sufriría el mal trato brutal del bandido Bernardo?

...¿Viviría aún la melancólica víctima, la dulce hija de un fanático de la sierra?...

